La torre del ave que no migraba

Shyvirelle

En los valles de Nacra, los pájaros mensajeros partían al sur cuando la primera escarcha cubría las ventanas de las torres. Ningún guardián podía ordenarles quedarse. El mensajero elegía la luz, tomaba el hilo que llevaba una nota y decidía cuándo levantar el vuelo.

Aquel otoño todos se habían marchado menos un ave de pecho gris y dos plumas doradas en la cola. Cada mañana se posaba en el pretil de la Torre Alta y miraba hacia la montaña. Al anochecer seguía allí, sin imitar los gritos de los bandos que pasaban por encima.

Alba, guardiana de la torre, la llamaba Víspera. Le ofrecía un lugar bajo techo, pero el ave prefería la piedra fría. No parecía enferma. Volaba entre el campanario y las cornisas con una facilidad que volvía absurda cualquier intento de encerrarla por su bien.

La noche del primer hielo llegó un mensaje de la aldea del este: habían cerrado el paso alto porque las rocas se desprendían al anochecer. Había que avisar a la Torre Baja antes de que salieran los carros del amanecer. Por el camino de tierra, una persona tardaría dos días. Un pájaro podía llegar antes de la madrugada si encontraba las señales encendidas.

Alba acercó la nota a Víspera y señaló el brillo ámbar de su torre.

El ave no voló.

Desde niña, Alba sabía la regla: aquellas aves reconocían cada tramo por el color de la última luz que habían aceptado. Si perdían una señal, no podían imaginar la siguiente torre desde un mapa humano. Y solo entregaban una nota cuando el destinatario encendía el fuego correspondiente a la estación: amarillo en primavera, blanco en verano, azul en otoño, rojo en invierno. Un fuego de otra estación no era una contraseña parecida; para el pájaro era la casa equivocada.

La Torre Baja tenía encendido un fuego rojo desde la noche anterior. Su guardián lo había adelantado por temor al frío. Desde la Torre Alta se veía apenas como una brasa entre los árboles.

—Todavía es otoño —murmuró Alba.

Víspera la miró, pero permaneció sobre el pretil.

Alba conocía a los otros dos guardianes, aunque aquella noche no pudiera reunirlos. Elio cuidaba la torre del valle; Doria, la Torre Baja. Entre sus puestos podían intercambiar unas pocas señales con lámparas: tres destellos pedían recuperar el desvío del valle; dos pedían revisar el fuego de la estación. Aquellas señales servían para preparar el camino del ave, no para transmitir un aviso completo sobre desprendimientos y carros.

Alba entendió lo que tenían que hacer. El vuelo directo, desde su ámbar hasta la Torre Baja, dejaba fuera de la vista al ave durante la parte decisiva. Si Elio encendía la señal verde del desvío, Víspera podría orientarse por una luz cercana antes de buscar la última. Y si Doria volvía a encender el azul de otoño, el pájaro reconocería a la destinataria al llegar.

Desde el pretil, Alba abrió y cerró su lámpara ámbar tres veces. Elio respondió desde el valle con un destello breve. Alba volvió a dar la señal. El ave observó las luces sin despegar.

Elio se trasladó hasta el alero oriental de su torre. Allí prendió la señal verde, visible desde la Torre Alta y también desde el camino a la Torre Baja. Después alzó su lámpara dos veces para pedirle a Doria el cambio de estación. Tardó un rato en obtener respuesta. Al fin, el fuego rojo de la Torre Baja se apagó; una luz azul apareció en el mismo lugar.

Los tres habían cambiado el recorrido sin abandonar sus torres: Alba llamó al desvío, Elio mostró la entrada al valle y Doria encendió el fuego que correspondía a otoño. Todavía quedaba una decisión que ninguno podía tomar por Víspera.

A la primera hora de oscuridad, el verde brilló entre las ramas. Más lejos, sobre las casas diminutas de la Torre Baja, nació un azul tenue que no se confundía con ninguna estrella. Eran tres señales visibles: ámbar en el origen, verde en el desvío y azul en el destino. No acortaban la montaña ni la volvían segura. Solo ofrecían a Víspera tres elecciones comprensibles.

Alba abrió la mano para mostrar la nota enrollada. El pájaro se acercó sin miedo y permitió que la sujetara. Esta vez, cuando Alba se apartó, Víspera contempló primero el ámbar. Después giró hacia el verde lejano. Levantó el vuelo, dio una vuelta sobre la torre y se perdió en la pendiente.

Alba siguió su progreso gracias a las pequeñas pausas de las luces. Desde el valle, Elio levantó su lámpara verde cuando la vio pasar. Víspera descendió a la torre intermedia, descansó un momento en el alero y observó el azul encendido en el horizonte. Luego volvió a volar.

La espera hasta la Torre Baja fue tan larga que Alba empezó a contar los golpes de su propio corazón. Al final, la llama azul osciló tres veces: el código acordado por Doria para decir que había recibido el mensaje. Poco después apareció una luz pequeña en el camino de los carros. Habían detenido la salida a tiempo.

Al amanecer, Víspera regresó a la Torre Alta. Alba registraba las tres señales y la confirmación de recepción cuando oyó el roce de unas alas. El ave se posó junto a la ventana y miró la pluma que la mujer sostenía.

Alba pensó en pedirle que permaneciera hasta el invierno. Había hecho lo que los guardianes necesitaban, y era fácil confundir aquella ayuda con una obligación para el día siguiente. Pero Elio y Doria habían permanecido en sus torres; ninguno había reclamado al ave para sí. El último tramo le pertenecía.

Alba preparó una nota diminuta: «Gracias por la ruta. No tienes que volver por nosotros». No la ató a la pata del ave. La dejó sobre la piedra, bajo un hilo corto que Víspera podía tomar o ignorar.

El pájaro examinó el papel. Se apartó, se sacudió las plumas y contempló el cielo despejado. Alba creyó que se marcharía sin él. Había sido, después de todo, una nota para alguien que no necesitaba leer.

Víspera volvió de un salto, atrapó el hilo en el pico y despegó hacia el sur, más allá de las torres. No siguió la ruta del mensaje anterior: tomó altura por encima del valle y eligió su propio rumbo.

En la página del registro Alba marcó tres pequeños puntos de color: ámbar, verde y azul. Dejó la hoja abierta hasta el final de la estación. No para recordarle al ave por dónde debía regresar, sino para recordar que un camino puede ofrecerse sin convertirse en una orden.